

QUERIDO GONZALO: Hace tanto tiempo que no le escribo, que bien usted podrá pensar que el motivo de mi carta es algo de extraordinaria importancia. Sin embargo, ella sólo se debe a que esta mañana he logrado vencer mi flojera habitual para hilvanar una nota, y a que, escribiéndole a un amigo para con el cual no se pueden tener eufemismos y reticencias, me sobrepongo al pesado y monótono ambiente de la oficina.

Desde mucho tiempo antes de que estuviera enfermo, sentí un desgano tal que para encarar el trabajo de mi producción literaria, necesitaba de un esfuerzo de voluntad tremendo. ¡Calcule usted si podría sentarme a empezar una carta! Los personajes andaban en mi mente, la trama estaba trazada, pero aquello de encerrarme a trabajar me resultaba difícil. Prefería salir a tomar el sol, aprovechar el día vagando sin rumbo a plena luz del día. Todo, parece, se debía a mi estado de debilidad. Los últimos años he debido soportar un desgaste de energías capaz de doblegar al más robusto. La oficina, con su traqueteo aniquilador y asfixiante, inquietudes que sólo nosotros sabemos cómo nacen y toman emvergadura hasta pasar a ser parte de nuestra existencia, rebeldías inaplacables reventando a cada tranco, a cada obstáculo del ambiente, y tantos otros problemas, económicos y sentimentales, que adquieren dimensión sin límite cuando se tiene un corazón ancho y una sensibilidad que nos hace ponernos tristes y ausentes hasta cuando el cielo brumoso empieza a golpear en los cristales de la ventana. Estos últimos años, Gonzalo, he tenido que trenzarme a puñetes con algunos "rastacueros" que nunca me perdonarán el desprecio que por ellos siento. Ha sido una lucha terrible. Y luego esta procesión que va por dentro, tan nuestra, que nos permite vivir en un eterno soliloquio, temerosos de participarla a otros por temor a que no nos comprendan o piensen que andamos peligrosamente extraviados. Llega un momento de tal inquietud, que ni siquiera se puede comer tranquilo. Parece que una fuerza extraña estuviera empujándonos a acabar cuanto antes, prometiéndonos que al terminar el último plato estará la tranquilidad esperándonos. Todo en vano. La inquietud sigue y sigue. Y así: día a día, noche tras noche, vigilia tras vigilia. ¡Oh, Gonzalo, usted mejor que nadie sabe cómo yo he sido un remolino de emociones desde niño! Por esto mismo sabrá perdonar mi prolongado silencio que, quizás, otros interpreten mal. Una tarde mi cerebro hizo crisis. Precisé de una enfermedad grave para tener algunos días de descanso. Verá usted cuanto valen esos días libres para nosotros: descansando de una enfermedad del cerebro logré escribir un libro.

En la colección "La Honda" no será publicado el librito que había entregado, "Sol y Sombra". Escrito con premura, tenía partes débiles que yo he sido el primero en reconocer. Lo arreglaré. Cuenta con pasajes bastante buenos, y creo que una vez "refaccionado" con tranquilidad, podrá resultar una obrita más o menos aceptable. En cambio entregaré "Sewell", una novelita corta sobre la mina. Es recia y, espero, habrá de gustar, no tanto por venir a golpear medio a medio de la triste actualidad que ha logrado el mineral, sino porque he trabajado con toda la emoción que produce el tratar un tema tan humano como este de los mineros que mueren en los túneles sin más compañía que las sombras y el polvo de sílice. En cuanto esté lista le enviaré una copia. Me interesa su opinión, dado el conocimiento que usted tiene del mineral.

¿Cómo están Amelia y la guagua? Ojalá que hayan resistido el frío en perfectas condiciones. Saludos para la señora Rosa, Lucho y Amelia, y usted reciba el abrazo de su amigo de siempre.